



## REVISTA DE TEATROS

### LOS ESTRENOS Y LOS VICE-ESTRENOS.

COMEDIA: *La Credencial*, de Miguel Echegaray.—PRINCESA:  
*Andréa*, de Victoriano Sardou.—ESPAÑOL: *Mar y cielo*,  
de Ángel Guimerá.

SI no fuésemos exigentes y quilatadores de valor literario; si no llevásemos al teatro más fin que el de recrearnos honesta, lícita y bonachonamente por espacio de tres horas, riendo unas veces sin malicia, y otras dejando correr escenas en un semi-letargo lleno de tolerancia artística, sólo alabanzas tendríamos para *La Credencial*, porque tanto como aburrida no puede decirse que sea, y realmente, entre matar la noche en un Casino ó en una tertulia vulgar, ó ver á Emilio Mario hacer de padre de familia apurado y vergonzante, yo siempre opta-

ría por lo segundo. Á propósito de esto, he de notar que ocurre muy á menudo el fenómeno de que los buenos actores saquen y extraigan de una mediana comedia una creación típica, lo cual tal vez se debe á que el autor, al planear la obra, fué sugestionado por su futuro intérprete: le adivinó, y trabajó *por él y para él*.

No puede darse nada más sobrio, delicado y tierno (dentro de la nota cómica) que la interpretación de Mario en *La Credencial*. El juego de su fisonomía, sus movimientos, la dignidad de un carácter que lucha con la miseria, y el afecto del pobre pretendiente á su familia, á los hijos de su alma, todo en fin, hasta el detalle del pañuelo roto, me hizo sentir profundamente: el actor se sobrepuso á la comedia. Esta—dejando aparte cierto sello anticuado, que no es quizá su defecto mayor—fluctúa siempre entre la observación, la caricatura y el melodrama, declinando hacia estos dos últimos y censurables extremos. Algunas veces, ¡pero cuán pocas, por desgracia!, señaladamente en

el primer acto, hay en *La Credencial* de-  
jos y reminiscencias del estudio que en  
*Miau* consagró Galdós á la consabida  
plaga de la empleomanía. Pero apenas  
asoma la niña del ministro, y la casa del  
ministro, y el propio ministro, *La Cre-  
dencial* se convierte en un tejido de inve-  
rosimilitudes sentimentales, y va conven-  
ciéndose el espectador de que asiste á  
lastimosa equivocación de uno de nues-  
tros predilectos autores cómicos..., que ya  
se tomará el desquite, pues sabe y puede  
tomarlo.

\* \* \*

*Andrea* es la eterna condesa de los dra-  
mas franceses modernos, con el perpetuo  
marido infiel, ó, como ellos dicen, *vola-  
ge*, que deserta de su hogar para correr  
en pos de una actriz, bailarina ó *cocotte*,  
— impresa también en edición de mil  
ejemplares por los Sardou, Augier y Du-  
mas.— Linda, joven, tierna, interesante  
en todos conceptos, la condesa Andrea,

al cabo de dos años de vida conyugal, se  
ve olvidada y vendida, sin causa ni pre-  
texto, por un hombre que parece maniquí  
de la infidelidad, — pues el autor no se  
toma el trabajo de justificar ó de motivar  
siquiera con móvil alguno la conducta in-  
calificable del Conde, ser mezquino y odio-  
so, triste fantasmón de calavera. Que hay  
hombres así es evidente; pero también  
que no son sujetos dramáticos ni cómicos,  
por mucho que se empeñen los dramatur-  
gos transpirenáticos en elevarlos á esa ca-  
tegoría. Sardou nos presenta al tal moni-  
gote haciendo las más ridículas protestas  
de amor á una bailarina, y resolviéndose  
de golpe y porrazo á seguirla hasta el fin  
del mundo; y vemos á la esposa, bella y  
honrada, que disputa á la bailarina su  
despreciable presa, que pone en juego  
cuantos recursos dicta el amor para rete-  
ner al infiel, el cual la rechaza con hastío,  
espectáculo que nos parece...—no vacilo  
en estampar la frase crudamente *inmoral*,  
porque Andrea se arrastra y humilla sin  
conseguir una palabra de ternura, de

amistad siquiera, y sólo el medio mecánico y pueril de la detención en el manicomio, y el grosero estímulo de unos celos repentinos y absurdos, obtienen que el Conde vuelva á los brazos de su mujer... de donde huirá á la mañana siguiente, solicitado, como el corcho, por su propia liviandad, á escarnecer el cariño de Andrea á los pies de cualquier meretriz...

¿Qué nos prueba esa comedia barnizada de falsa moral? ¿Que un marido, cuando le encierran en Orates, y tiene mujer linda, y cree que ella se está desquitando, corre á impedir que se desquite? ¡Pues valiente moraleja, y profundísima lección y hermoso cimientito de la sagrada unión conyugal! El Conde, después del chasco y el susto, se quedará tan frívolo, tan pazguato, tan antojadizo y tan sin freno como antes, y Andrea, si no es más boba aún que su insulso compañero (y si fuese boba, tampoco habría para qué sacarla á la escena), verá claramente que semejantes victorias no merecen la batalla.

Gracias á la superficialidad de Sardou, el espectador no puede regocijarse con el triunfo de la buena causa. La comedia, sin embargo, se oye con gusto, por dos razones, una esencial, accidental la otra: la primera, por estar, ya que no bien sentida, ni bien observada, ni bien pensada, muy diestramente construida; la segunda, por el excelente desempeño del papel de Andrea, encomendado á María Tubau.

Sardou es siempre, como le definió Zola, el más diestro artífice de la comedia: los actos giran sobre sí mismos, se contrapesan, se ayudan, se matizan y se equilibran con infinita elegancia: cosa grata, sutil, con un poquito de sal y pimienta, y hasta con tufillo literario. Pero Sardou no pasa de artífice: no es un creador. Y ya que Zola, en un acceso de benevolencia que prueba que de sabios es mudar de consejo, ha hecho las paces con Sardou y ahora está con él á partir un piñón, como suele decirse, seamos nosotros más constantes y adoptemos su antigua terrible frase á propósito del au-

tor de *Fernanda y Andrea*: «No le concedemos nuestra estimación literaria.»

En cuanto á la Tubau, es una Andrea monísima. Su acción es contenida, modesta, señorial; su entonación justa y verdadera: no llega á causar la emoción trágica, quizá porque la obra de Sardou no la contiene; pero hiere dulcemente las fibras de la piedad. Yo he oído muy poco á María Tubau: cuando la vea interpretar una serie de obras que me permitan juzgar sus facultades de actriz, tal vez la estudie detenidamente, pues en la escasez de buenas comediantas que padecemos, ella se destaca con indiscutible supremacía, ayudada por una figura muy gentil y una voz pura y fresca, que sabe no derrochar.

\* \* \*

La primera impresión que sentí al entrar en el Teatro Español la noche del estreno de *Mar y cielo*, de Guimerá, fué de pena, mejor diría de impaciencia y enojo. Los periódicos, en especial *La*

*Epoca*, que posee tanto aristocrático suscriptor, habían anunciado el suceso y significado su importancia: no se ignoraba que iba á acontecer *algo*, aquí donde tan poquito acontece, y que ese *algo* ocurría en las más altas esferas de la vida artística y se enlazaba con lo más puro y glorioso de nuestras tradiciones, no sólo artísticas, sino nacionales. Y sin embargo, la crema y su copete, que es la corte, no habían tenido la idea feliz de hacer por una noche, rabona á los gorgoritos. ¡Ah, si Guimerá, en vez de confiar su obra á un poeta castellano para que la trasladase en endecasílabos, se la hubiese remitido á Mascagni para que sacase de ella el libreto de un nuevo *Pirata*.... otro gallo le cantara, y otro público hubiésemos codeado en el viejo recinto escénico! Estábamos allí los fieles y empedernidos amantes de las letras; los que aún creemos que un Calderón vale por un Wagner, y un drama por una ópera; los que esperamos siempre, con el rostro vuelto atrás ó puestos los ojos en el horizonte lejano....

Estábamos allí, y á nuestra verita, en las butacas, teníamos mujeres de pañuelo á la cabeza, hombres de capa y hongo... sin miaja de *chic*, pero tal vez con mejor gusto que los de gaban de pieles que van á dormir entreoyendo por céntesima vez *Los Puritanos*.... tan caritos como de costumbre.... y ahora que Gayarre no los frasea!

Viniendo al asunto, empezaré por decir algo del autor, y después manifestaré sin circunloquios lo que opino de la tragedia *Mar y cielo*, acogida con entusiasmo por el público, y más si cabe por la prensa.—Vayan algunos datos biográficos, en parte tomados de la extensa semblanza publicada por Luis Alfonso la noche misma del estreno, y en parte de los detenidos y comprensivos estudios de Ixart sobre Guimerá, para que mis lectores de América, que tal vez no leen periódicos diarios de la corte de España, sepan quién es el poeta dramático que hoy aclama y saluda Madrid.

Angel Guimerá es canario de nacimien-

to, catalán de origen y vocación. Nació en Santa Cruz de Tenerife no sé en qué año, pues no lo dice su biógrafo: á mi parecer, frisaré en los cuarenta ó cuarenta y cinco.—Trasladado á Barcelona en tierna edad, la lengua de su patria adoptiva fué para él como propia.—Sus primeros laureos los ganó en los *Jochs florals*: en 1875 consiguió un *accessit*: en 77, de una vez, los tres premios reglamentarios, el de *Fe*, el de *Patria*, el de *Amor*, para ser proclamado maestro en *gay saber*: dicen que nunca se habia dado caso igual.—Poeta lírico; periodista en la *Renaixensa*; autor dramático; diputado; presidente de la *Liga de Cataluña* y procurador de su tierra para presentar al Rey el *Memorial de agravios*, Guimerá apareció desde los primeros instantes de su carrera literaria como representante del regionalismo, siendo á la vez prueba palmaria de que los regionalistas de verdadera altura, valer y calidad, aunque se encierren en la concha de un idioma de región (no digamos *dialecto*, no vaya á

desazonarse nadie), rompen al fin el círculo mágico y se ostentan al sol madrileño y también al de las demás provincias — tal vez menos hospitalarias, en este sentido, que la corte.

Las poesías líricas de Guimerá han sido publicadas por Almirall en lujosa edición, con dibujos de Fabrés y Pellicer, y prólogo de Ixart, donde este crítico, en general tan clarividente, tan abierto y tan bien informado, sintetiza así su opinión sobre el autor de *Mar y cielo*: «El mejor poeta lírico, en nuestro concepto, fue entre nosotros Guimerá: versificador irreprochable y de expresión clara y natural, que se amoldó blanda como la cera á su pensamiento; plástico en la imagen, ya deslumbradora por su color, ya maciza y escultural por su relieve; de sentimiento vivísimo y delicado que recorrió todas las notas, de la ternura al odio, de la pasión soberbia á la humildad amorosa; suave, cantando sus recuerdos infantiles; hosco y fiero en sus poesías patrióticas; en sus asuntos, con un fondo

dramático visible, ya pensador, ya lírico entusiasta, y siempre alejado del círculo de trivialidades de la poesía en España.... Es poeta que, traducido y comprendido, lo sentarán á su mesa los pocos poetas contemporáneos.»

Al Guimerá, poeta lírico, he de admirarle bajo la garantía de Ixart, pues aunque tuve en las manos sus versos, no los leí con todo el sosiego necesario para formar juicio: y soy persona que, cuando no ha leído una obra, lo confiesa. No se puede leer todo: á Guimerá, sin embargo, ya se ve que hay que leerle, por el puesto que ha conquistado desde la representación de *Mar y cielo*, y, sin duda alguna, por lo que vale.—Provisionalmente, y mientras no rectifico ó me ratifico, he de decir que yo no incluiría tal vez á Guimerá entre los líricos de primera magnitud, que para mí, en España....—no lo escribamos, las comparaciones son odiosas.— Guimerá les iría á los alcances, muy de cerca, aunque no les alcanzaría, porque.... En fin, esto es prematuro: volvamos al autor dra-

mático, lo que hoy está sobre el tapete.

Forman el teatro de Guimerá siete tragedias: *Gala Placidia*, *Judith de Welp*, *Lo fill del Rey*, *Mar y cel*, *Rey y monjo*, *La Boja*, *L'ánima morta*, inédita aún —todas en verso;— una comedia de costumbres políticas, *La farsa*, y una pieza cómica en prosa, *La sala de espera*. *Mar y cielo*, estrenada ahora en Madrid, lo fué en catalán, en Barcelona, el año 87, en el Teatro Romea, y más tarde, habiéndola vertido al castellano en verso endecasílabo Enrique Gaspar, la representó la compañía de Rafael Calvo en Barcelona, interpretando Rafael, como era natural, el papel de Said el pirata. No bastándole á Guimerá el sufragio de su patria adoptiva, y sintiendo—dice Luis Alfonso—verdadero afán porque *le conociese* el público de Madrid, siquiera fuese á través de los cristales de una traducción, el drama esperó turno para salir á la escena del Español, donde triunfó el martes 17 de Noviembre.

No ha andado rehacia la prensa ma-

drileña en hacer notar, á propósito de Guimerá, esta contradicción en que incurren todos los regionalistas militantes, los cuales, reprobando, condenando y aborreciendo á Madrid, se pirran por que en Madrid se aplaudan y sancionen sus obras. Madrid, en cuanto centro literario, no es sino una agregación de gentes más ó menos aptas, nacidas en provincia; Madrid, además, es franco y vivo en su homenaje, y lo extrema y refina cuando se trata de autores que vienen de fuera y afuera vuelven: Madrid y su prensa, de quien (repito lo que dije hace muchos años en *La Cuestión palpitante*) todos hablan mal y todos se sirven, es el heraldo (ya que la base sean los propios méritos) de la fama de autores como, v. gr., Pereda, que allá desde su montaña entienden el mundo al revés y no se hacen cargo de que el mayor enemigo es siempre el más vecino, y que cuanto más se *desencarna*, por la distancia, un escritor, más fácil es que serenamente se le haga justicia, como todos se